

EL TRAYECTO DE LOS DÍAS

Las coordenadas del miedo

*Los atentados de Londres
y la guerra contra el terrorismo*

MARIO NIEVES

Mientras las tropas imperiales de Estados Unidos y la Gran Bretaña que invaden Irak parecen perpetuar lo que Ignacio Ramonet considera el ciclo de venganzas y represalias en la cacería de terroristas como objetivo último de su “guerra sin fin”, los terroristas continúan moviéndose por sus fueros en los laberintos de ciudades condenadas al miedo. El mundo se estremece. La gente no sabe dónde la sorprenderá el próximo estallido, en qué mirada adivinar la amenaza de la bomba, de la inmolación y la masacre; se sabe, sin embargo, dónde están los soldados y en qué sitios configuran las trincheras de una guerra insólita en la que, por primera vez en la historia, fuerzas y medios militares invaden un país para encarar a un enemigo sin dirección conocida, sin cuarteles oficiales, sin bandera, sin ejército, sin estrategias bélicas tradicionales, a veces sin rostro. Un enemigo que aparece paradójicamente sólo para borrarse junto a las vidas que siega; si algo queda de aquél, es un juego de imágenes irónicas captadas antes del desastre por cámaras que vigilaban el apacible trasiego de vidas inocentes, entre las que —se sabría después— aparecían los terroristas que se



desplazaban hacia los sitios marcados para los atentados.

El 7 de julio de 2005 Londres entraba en el mapa cuyas primeras coordenadas fueron trazadas contra el cielo neoyorquino del 11 de septiembre cuatro años atrás y ampliadas el 11 de marzo de 2004 sobre rieles madrileños. Las líneas del metro londinense extendieron las fronteras de un territorio bajo amenaza cuyas dimensiones avanzan en la geografía del siglo XXI. Bastaron cuatro suicidas para desdibujar la alegría de los londinenses un día después de la noticia de que serían anfitriones de los Juegos Olímpicos de 2012 y dejar un rastro de muerte, destrucción y pánico. Giovanni Sartori piensa que tales atentados constituyen “una demostración de poder. Una exhibición sanguinaria y mediática que deja en evidencia la falta de respuesta y de proyecto antiterrorista de Occidente”. Para el politólogo italiano, los señores del G-8 —cuya Cumbre sesionaba justo en el momento que tenía lugar la masacre de Londres— “no se han tomado en serio la gravedad del problema”. Bush y Blair no pensarán lo mismo, a menos que comprendan de una buena vez que los terroristas no son una plaza pública a la que se le pueda sitiar y asaltar con un



ejército. Es tan dramáticamente seria la manera en que asumen el problema, que después de Irak no se descarta la amenaza de acciones militares contra otros territorios. Ello a la sombra, como diría Heinz Dieterich, de una sistemática apología de la “guerra justa”, condición *sine qua non* para las agresiones imperialistas.

Después de Madrid, Londres debía saber que la acechaban. Aún así, no es difícil

advertir que el interés manifiesto por sostener las posiciones en Irak y convencer a la opinión pública de la justeza de aquella guerra, parece superior a la voluntad de concebir un auténtico proyecto antiterrorista que les permitiera enfrentar desafíos como el de un individuo de 30 años llamado Mohamed Sadique Khan, original de Pakistán —no de Irak— quien llegara a Dewsbury con su familia, para cinco meses más tarde colocar

una bomba en la estación de Edgware Road que mataría a siete personas y dejaría más de cien heridos. No se enfrenta invadiendo países la plaga del terrorismo, cuyo oportunismo —uno de sus rasgos más conspicuos— es alimentado por un mundo en que, lamentablemente, no pocos factores facilitan sus propósitos. Porque mientras prevalezca el proyecto de cacería en ultramar, Londres no abandonará sus razones para el miedo.